

José Ignacio BARRÓN GARCÍA, *La economía de Cantabria en la etapa de la Restauración, 1875-1908*. Librería Estudio, Santander, 1992. 424 pp.

Por fortuna, la historia industrial de Cantabria no es ya una completa desconocida. Tras las pioneras aproximaciones de conjunto de Ortega Valcárcel al respecto, he aquí ahora un trabajo, sólidamente armado, que abunda en el intento de rescatar la historia contemporánea de la industria montañesa de la sombra que sobre ella habían venido arrojando vecinos tan poderosos como Asturias o el País Vasco y, con ello, a poner de manifiesto lo que Carlos Forcadell, director de la investigación, no duda de calificar, en el prólogo, de notable dinamismo de la economía de Cantabria durante el siglo XIX.

Un trabajo, pues, de historia económica regional, heredero y hasta cierto punto continuador —también en un sentido cronológico— de las investigaciones de Martínez Vara acerca de la actividad económica, y especialmente mercantil, de La Montaña en la segunda mitad del setecientos y primera del ochocientos. Pero un trabajo también que, en la mejor estirpe de la historia regional, mantiene presente en todo momento el horizonte estatal de los procesos de cambio y crecimiento económicos y que, en ese plano, no se arredra ante ciertos debates historiográficos de altura (como, muy particularmente, el de la conceptualización de la crisis finisecular, el del contradictorio papel de las tarifas ferroviarias en la génesis de muy acusadas variantes regionales de crecimiento económico o, más generalmente, el del lugar del cambio agrario —¡o de su ausencia!— en los procesos de industrialización).

De manera expresa, una buena parte de la información empleada para sustentar la investigación procede, amén de la muy abundante bibliografía, de la riquísima prensa regional y local (excepcionalmente generosa y bien conservada en Cantabria, como ya había puesto de relieve Ortega Valcárcel) y, en menor medida, de la nacional especializada (muy especialmente *Revista Minera* y *La Gaceta Industrial*), en detrimento todo ello de la documentación estadística y de archivo. Ello se explica, y con fundamento, por la escasez y precariedad de los archivos regionales pertinentes en la materia (inutilizables algunos e irremisiblemente perdidos los más), por el carácter *sumergido* de los que de empresas se conservan (que sólo muy recientemente han comenzado a salir a la superficie) y, tal vez sobre todo, por la razonable desconfianza que al autor le inspiran las por lo demás magras informaciones estadísticas disponibles, tanto estatales cuanto locales —que, sin embargo, utiliza con una cautela y un rigor crítico ejemplares, a bastante distancia de ciertas extravagancias cliométricas.

En lo que al sector minero-industrial se refiere, y tras un capítulo dedicado al estudio de los cambios demográficos regionales (no exento de interés, sobre todo en lo que hace a una

concepción de la emigración que va más allá de lo estrictamente demográfico-cuantitativo), la obra se decanta hacia un análisis por ramas que, además de aproximarse a los fenómenos de especialización regional, le autoriza a combinar con soltura un acercamiento cuantificado y estructural (a partir de las estadísticas de contribución industrial, lo que, desde que lo hiciera Nadal, viene convirtiéndose felizmente en todo un género) con otro casi monográfico, próximo a veces a la biografía empresarial o de establecimiento (lo que, si es cierto que le permite sacar a la luz alguna iniciativa hasta ahora mal o nada conocida, implica también en ocasiones un cierto sesgo derivado de la disponibilidad de fuentes). El análisis se ve enriquecido por una atención específica hacia las técnicas y procedimientos de fabricación (que sólo muy recientemente ha comenzado a ser moneda de curso admitido en nuestra historiografía), lo que, entre otras cosas, permite al autor detectar el abrumador peso de la energía hidráulica frente al vapor hasta comienzos del novecientos, momento en el que la electricidad habrá de comenzar a tomar el relevo de la primera. De tal recorrido —que añadirá al trabajo el valor futuro de obra de referencia—, destaca con mucho el estudio de la evolución seguida por la muy emblemática rama de la fabricación de harinas (que habrá que poner en relación con las investigaciones de Javier Moreno para Castilla), de las conserveras (aunque habrá que esperar a los resultados de los trabajos de Alberto Ansola al respecto), de las lácteas (por más que su vertiginoso crecimiento sea en lo esencial posterior al período aquí contemplado), del textil (aunque, también aquí, habrá que esperar a los trabajos de Fernando Ruiz), de los transformados metálicos (en donde al lector curioso le gustaría ver, dado el origen zaragozano del autor, alguna referencia comparativa entre los fabricantes montañeses de rodeznos y turbinas y la análoga fundición aragonesa de Averly) y, tal vez sobre todo, de la minería (en donde, en lo que a la del hierro se refiere, el autor, con polémica energía, enfatiza el peso de los capitales foráneos, vascos y extranjeros, en detrimento de los montañeses y de una eventual y fallida integración minero-siderúrgica).

En lo que hace a las estrategias inversoras de la burguesía montañesa, las conclusiones del autor resultan encomiablemente matizadas: cierto que existieron en el ochocientos cántabro capitanes de industria de carácter indudablemente emprendedor (MacLennan en minería; Quijano, Corcho, López Dóriga y Lavin en transformados y construcciones metálicas; Collantes y Fernández Castañeda en el vidrio, etc.); pero no parece menos cierto —y ello justifica, desde luego, la atención prestada al análisis del sector financiero y crediticio— que se trataba de excepciones en el marco de una burguesía menos atenta a las inversiones en negocios industriales que a la seguridad de las especulaciones en ferrocarriles, obras públicas y, sobre todo a partir de la fiebre de negocios posterior al noventa y ocho, papel del Estado.

Toda la segunda parte de la obra aparece dedicada al estudio del sector agrario montañés —que, lamentablemente, no pudo beneficiarse de las tesis doctorales, alguna de ellas ahora editadas, de Manuel Corbera, Leonor de la Puente o Rafael Domínguez. No es el caso entrar en su consideración aquí; pero sí, desde luego, resaltar la pertinencia de su inclusión, dado el complejo y contradictorio papel de la agricultura montañesa en la dinámica de conjunto del tejido industrial. Porque parece cierto que lo que el autor conceptúa como estancamiento (o lentísima modernización) del agro regional de la época ni hubo de suponer una ampliación significativa de la demanda de productos industriales ni hubo tampoco de favorecer una libe-

ración considerable de mano de obra –máxime si se tiene en cuenta el carácter abrumadoramente mixto de los trabajadores industriales de Cantabria. De acuerdo con tal interpretación, el campo montañés, como en tantos otros lugares, se habría erigido más en un obstáculo que en un estímulo *directo* de los procesos de industrialización, hasta el punto de que, al menos en Cantabria, la relación dinámica entre ambos sectores se habría producido más bien en sentido contrario, a través de la formación de una incipiente agroindustria (láctea y azucarera sobre todo), ya a comienzo del novecientos. Pero parece igualmente verosímil el nada desdeñable papel de un campo estancado, como el montañés, en la financiación *indirecta* de las precondiciones de la industrialización, por vía de la fiscalidad y del gasto público en infraestructuras (Canal de Castilla, reformas sucesivas del puerto de Santander, carreteras, ferrocarriles) –todo lo cual lleva al autor a una interesante polémica con Tortella que, por lo demás, mide la talla y la ambición intelectual de la investigación de José Ignacio Barrón.

El sólido hilo argumental de la obra (que, al menos en mi opinión, habría destacado en mayor medida en una versión más sintética y menos compartimentada del texto original), en fin, se ve entreverado a las veces –y ello no resulta demasiado frecuente en la historiografía económica– con informaciones y reflexiones, sumamente enriquecedoras, de orden extraeconómico y muy especialmente social. Con conocimiento de causa, además, por cuanto la investigación que ahora se da a la luz constituye tan sólo una parte de la tesis doctoral del autor, que incluye también otras referentes a la sociedad montañesa del mismo período –un avance publicado de las cuales fue su *Historia del socialismo en Cantabria: los orígenes, 1887-1905* (Santander, 1987).

JOSÉ SIERRA ÁLVAREZ